

dian recibir por correspondencia, el desprendimiento y la frialdad!

Queríamos á Marta, y su infortunio duplicaba nuestro cariño! Si Marta hubiese sido feliz, la hubiéramos amado mucho ménos! pero el infortunio tiene un poder inmenso sobre los corazones sensibles, y ellos se interesan quizás demasiado por el que sufre, y tratan de minorar la desgracia aun á costa del propio bienestar.

Preocupadas por la noticia que acabábamos de recibir, olvidamos por un momento la cartera encontrada en Brooklyn y sólo pensamos en Marta.

CAPITULO XVII.

Visitas de despedida.—Última entrevista con Marta y lo que en ella pasó.—Casa en que la dejamos establecida.—Nuestra salida del Hotel, y nuestro embarque y partida.

Como estábamos ya próximas á partir de Nueva-York, nos ocupamos en hacer nuestros visitas de despedida, para dejar bien establecidas nuestras relaciones con las personas que nos habian distinguido con su amistad; á nuestra querida Marta le consagramos un día entero en visperas de nuestra partida; eran las últimas horas que podíamos estar con ella; pues pronto nos sería preciso separarnos probablemente para siempre!

¡Cuán amargos son estos duros golpes! ¡Cuán frecuentemente vienen á herir el corazón del viajero!

Nos dirigimos, pues, al «Metropolitan» muy de mañana. Marta salió á recibirnos con una carta en la mano: me habeis adivinado el pensamiento, nos dijo con aire de positiva alegría, y si no hubierais venido ya iba yo á buscaros.

¿Sí? replicamos abrazándola, pues nos es grato haberos ahorrado ese trabajo, porque hoy, Marta, os dedicamos por completo el día; mañana al declinar la tarde nos trasladamos á bordo, y hemos querido consagraros nuestros últimos momentos: ¡exijía nuestro corazón el pagar este tributo a la amistad!

El semblante de Marta se demudó al oír nuestras palabras, en sus ojos asomaron las lágrimas, y con un acento melancólico exclamó ¡cómo! ¿vais á abandonarme?

Si, querida amiga, replicamos tristemente: la hora de partir ha sonado ya para nosotras y mañana tendremos que separarnos!

Marta entonces elevó sus ojos al cielo, y con triste acento añadió: ¡por qué! Dios mío! no me es dado tener un goce completo en la tierra? ¿era preciso que en el mismo día en que se me daba un padre, se me arrebatásen unas hermanas á quienes amo con toda el alma?

¡Ah! Siempre las lágrimas han de ahogar mis sonrisas! Siempre el dolor ha de matar mis

placeres! y al hablar así la tierna jóven, nos tendió la carta que estrechaba con su blanca mano, y arrojándose en nuestros brazos prorrumpió en amargo llanto!

Nosotras llorábamos tambien, porque el dolor de Marta nos destrozaba el corazón, y casi nos arrepentiamos ya de haberle anunciado nuestra partida, pero era imposible ocultárselo por mas tiempo, puesto que al siguiente día debía aparecer la triste realidad!

Largo tiempo permanecimos así: al fin, haciendo un esfuerzo, leímos la carta, y al imponernos de su contenido tratamos de alentar á Marta con estas palabras. ¡Día de placer y no de llanto debe ser hoy querida Marta! Mr. N. . . ha llegado y debemos ir hoy mismo á su casa, en él encontrareis un padre, y dulce nos será dejaros en sus brazos.

No, yo no quiero perder los últimos momentos que puedo pasar á vuestro lado, nos dijo entonces Marta.

Y nosotras tampoco amiga querida, podriamos partir tranquilas, mientras no os dejásemos en vuestra nueva morada. Hoy somos vuestras, y mañana vos lo sereis de nosotras, mas esta tarde nos dirigiremos á casa de Mr. N. . . para que partamos con el consuelo de haberos dejado en su

compañía. ¡Permitidnos, Marta, cumplir este deseo tan natural!

Marta nos tendió con ternura la mano, y estrechando las nuestras contestó, y bien; sea como lo quereis!

Gracias, gracias querida amiga le replicamos, y penetrando en seguida con ella en su recámara, donde seguimos conversando; en el curso de esta conversacion nos preguntó: ¿por qué tan pronto abandonábamos Nueva-York? le contestamos que el vapor, que debía conducirnos, partía al siguiente dia, y que esta era la causa de nuestro próximo viaje.

En la conversacion que siguió, comenzamos á hacer recuerdos del pasado, tan recientes por cierto! del dia en que nos habiamos conocido, de los misteriosos afectos, de la simpatía que ligaba nuestros corazones, hablamos en fin de nuestra tía, á quien nos recomendó Marta que no dejásemos de escribir el fin de su historia, como lo hicimos en efecto; porque nuestra querida tía se había interesado tanto como nosotras por Marta, le continuamos refiriendo sus desgracias, como Marta nos las iba narrando.

Cuando hubieron pasado las cuatro de la tarde, propusimos á Marta llevar á cabo nuestro propósito de ir á ver á Mr. N. Se resistía ella,

por no perder los momentos de estar con nosotras, pero al fin cedió á nuestras indicaciones y se dispuso á salir.

Nos encargamos de vestir á Julia, que aquel dia se encontraba mas encantadora que nunca; le pusimos un traje de gros color de rosa adornado de gris, que le iba perfectamente, y como era tan blanca y tenia tan lleno el pecho y torneados sus pequeños brazos, se veia preciosa.

En seguida llamamos á uno de los mozos del Hotel, ordenándole fuera á traer prontamente un coche.

A las cuatro y media el carruaje rodaba ligeramente por las calles de Nueva-York, llegando a poco rato al lugar que ya conocen nuestros lectores.

Preguntamos por el Mr. N. y hallándose en la casa penetramos en ella hasta la sala; poco despues dos ancianos se presentaron á nuestra vista; Mr. N. era un señor muy simpático; tendria como unos 60 años pero apenas representaria 50. Su aspecto era agradable como en general el de todos los norte-americanos, tenia el pelo completamente blanco, lo mismo que la barba, su cútis era blanco y rosado, fresquísimo y sin ninguna arruga.

Se hallaba perfectamente puesto y sumamente

aseado; apenas nos vió, nos hizo una profunda reverencia, y nos invitó á que nos sentáramos. No había reconocido aun á Marta; sería sin duda porque no la veía sola con su niña, como esperaría él encontrarla, ésta ántes de tomar asiento se dirigió á Mr. N. y le dijo:

Señor, no extraño que no me reconozcáis, porque no me habeis visto nunca; pero debo deciroslo, yo soy Marta de V. . . . la hija de D. Fernando vuestro antiguo amigo.

Al escuchar el buen anciano estas palabras, se transformó su semblante, en sus ojos azules brillaron las lágrimas, abrió sus brazos á Marta, y exclamó con un acento lleno de sentimiento y de cariño.

¡Ha! hija mia! perdóname no haberte conocido para haber salido á recibirte con los brazos abiertos! No te puedes figurar ¡hija querida! el ansia que tenia yo de verte! has sido mi pensamiento hace mucho tiempo! ¡Sí! te he de hablar con franqueza, hace mas de un año que tu memoria ha amargado mi existencia!

Llegaron hasta mí ciertos rumores, que tuvieron luego la mas completa publicidad, y desde entonces comencé á padecer por tí!

Te busqué en México, te busqué en otros varios lugares, y me fué imposible encontrarte; de

manera que este dia que te estrecho contra mi corazón, es un dia de regocijo para mí!

Marta se encontraba conmovida ante tanta bondad, y notamos que sus bellos ojos fueron empañados por el llanto; largo tiempo la tuvo Mr. N. . . . estrechada contra su corazón, mas luego la condujo á los brazos de su esposa diciéndole, que aquella jóven era la misma cuya historia ella sabía, y que tanto le habia interesado: la buena anciana entónces, á imitación de su esposo, abrazó afectuosamente á Marta, Mr. N. . . . exclamó en seguida: y esta niña ¿es tu hija? es Julia?

Si señor, contestó con dulzura nuestra amiga.

No me digas señor, murmuró Mr. N. . . . llámame por favor padre. Sí, Marta, yo te amo como á una hija, ¿por qué no me has de llegar á amar tú como á un padre?

¡Oh! tenemos tanto que hablar; continuó tomando en sus brazos á Julia, y colmándola de caricias; tenemos tanto que hablar, que el tiempo se nos hará corto.

Luego viéndonos con fijeza dijo, y ¿estas niñas?

Son mis mejores amigas exclamó Marta, ellas saben mis desgracias todas, y podeis hablar con entera confianza delante de ellas; pues casi po-

dria asegurarnos que se interesan mas aun que yo misma por mí.

¡Que bella recomendacion! dijo entonces Mr. N. dirijiéndose á nosotras.

Señor, contestó nuestra hermana, tomando á nombre de todas la palabra, Marta es una jóven cuyas cualidades morales no se pueden ver con indiferencia, pues son notables, ellas se han conquistado los afectos de nuestro corazon, y nos la hacen tan querida como una hermana.

Vuestros sentimientos finos y delicados, amigas mias, son los únicos que me han podido colocar á una altura que no merezco. No Marta, le replicamos, la virtud y la desgracia siempre han encontrado su morada en los corazones sencillos, y vos nos presentasteis desde el principio el tipo mas bello de estos dos caracteres reunidos.

Lo que yo veo, dijo con un aire gracioso Mr. N., es, que ninguna quiere manifestarse ménos afectuosa; yo por mi parte no temo asegurar, que todas poseis muy bellos sentimientos; pero hija mia, continuó dirijiéndose á Marta, aunque yo te cansé y te ablaste, me vas á permitir sujetarte á un largo interrogatorio, que tendrá lugar delante de estas niñas, puesto que toman tanta parte en lo que te pertenece.

Sientate á mi lado, hagan vds. otro tanto, y

escúchame atentamente. En primer lugar quiero preguntarte ¿por qué causa al separarte de tu esposo no te dirijiste aquí para estar á mi lado?

Esto no era posible padre mio, respondió Marta, porque Arturo me buscaba solícitamente, y al dirijirse á Europa en busca mia, habria pasado por los Estados Unidos, y esto habria sido peligroso siempre para mí.

Bien, ahora dime: ¿Es cierto que tu partiste sola con tu niña, para juntarte luego con un supuesto amante?

El rostro de Marta se encendió al escuchar estas palabras y contestó inmediatamente.

Eso es muy falso! yo jamás infamé ni aun con el pensamiento el nombre de mi esposo, ni el de mis dignos padres.

Y ¿entonces hija mia, por qué tan repentinamente abandonaste tu morada?

Marta refirió entonces en breves palabras sus desgracias, y las poderosas razones que habia tenido para obrar de la manera que lo habia hecho.

Mr. N. se quedó profundamente afectado, y apenas hubo concluido Marta de bosquejar sus penas y sufrimientos, añadió.

¡Nunca me engañé! Siempre creí que la inocencia brillaria en la frente pura de la digni-

sima hija de Fernando!.....pero.....tu reputacion está perdida continuó el anciano, como agoviado por una idea, y la infamia se publicó con los mayores visos de verdad.

¿Cómo es eso señor? interrogó con marcada ansiedad Marta.

Ahora, me toca contarte á mí todo lo que pasó despues de tu repentina desaparicion.

¡Oh! sí ¡padre mio! hacedlo por piedad! mi ansiedad es creciente!

El mismo dia que desapareciste, fingiendo tu esposo un sobresalto, tristeza, y tórmento, llevado hasta el mas alto grado, se presentó por todas partes preguntando por tí y por su hija!..... El convite que debia efectuarse en tu casa, por supuesto fué deshecho, uno de los convidados encontróse con tu carta, y por fortuna, ó por desgracia no la abrió, y la entregó á Arturo.

Todos notaron que al leerla se demudó, y arrojándose en brazos de sus amigos exclamó. ¡Soy el hombre mas desgraciado! amigos míos! Marta en estas líneas se despide de mí, manifestándome que no me ama, y que su corazon pertenece á otro.

Sin duda ha partido para reunirse con él, y á estas horas ¡quién sabe donde se encontrará!.....

Ella además me pidió esta mañana la llave de

la caja, y para obligarme á salir y dejarla sola, usando de la mas refinada hipocrecia me manifestó haberla perdido, rogándome fuera en su busca, lo hice así, y no desaproveché los momentos, véamoslo si nó.

En efecto, no tardaron en hacer esfuerzos para abrir la caja, y lo lograron al fin, encontrándose con que apénas quedaban en ella unas cuantas onzas, porque lo habias llevado todo!

No sé de qué astucia se valdria; pero es el caso, que algunos de tus mismos sirvientes manifestaron que en efecto tenias un amante, etc., etc.

Se hicieron en seguida los mayores esfuerzos para encontrarte, no hubo recurso que no se pusiera en práctica por conseguirlo, y Arturo manifestó un dolor tan inmenso, que toda la sociedad lo compadecia.

Al siguiente dia de tu salida de la casa me han contado que se presentó un juez en ella, para ejecutar disposiciones tuyas; pero estuvo hablando con tu esposo toda la tarde, y pronto se convirtió en su abogado y defensor.

¡Quién duda que aquel hombre habia sido comprado por tu esposo! ¡Ah! Se habia cometido contigo un verdadero crimen!

Tus parientes hicieron reclamaciones, manifes-

tando que todo el capital era fruto del trabajo de tus padres.

El abogado alegó, que tu esposo con sus esfuerzos lo había duplicado, y que tú en el robo de papeles te habías llevado mucho de lo que te pertenecía, que una parte de lo que existía se conservaría para tu hija, en el caso de que se encontrare algún día; pero que tú á nada tenías derecho por la conducta que habías observado, y por la cantidad que habías empleado en abusos abominables.

Marta temblaba al escuchar las palabras de Mr. N, apareciendo en su fisonomía las diversas pasiones que se sucedían en su alma. Ya se ponía pálida como un cadáver. Ya el rojo de la indignación se pintaba en su semblante: repentinamente se levantó.

¡Es mucho sufrir esto! exclamó irritada; y ahora de la venganza ha llegado! Yo habia usado de clemencia con el malvado; ¡Le perdonaré que haya robado mi fortuna, y cubierto de infamia el nombre de mis padres! No, lo único que pudiera perdonarle es que hubiese intentado quitarme la vida!

Ved, padre mío! añadió presentando una cartera á Mr. N. Ved si lo que hay aquí no es bas-

tante para comprobar mi inocencia, y perder al infame á quien queria salvar!

El anciano pasó la vista con rapidéz por las cartas que contenía; eran todas las venidas de España, en las que se hallaban descritos los crímenes de Arturo, y una que Marta habia encontrado en el escritorio, escrita por él á sus cómplices, en la cual hablaba de sus infames proyectos.

Mr. N. después de imponerse del contenido de la cartera, dijo:

¿Es posible, hija mia, que teniendo en tu poder tales pruebas, Arturo viva todavía?

Ah! Padre mío! repuso conmovida nuestra buena amiga ¡yo no quiero su muerte! denunciar sus crímenes seria matarle, y el oprobio del ajusticiado recaeria sobre su inocente hija!

Yo no odio á Arturo, pido al cielo su arrepentimiento, y solo con mi perdon quiero pagarle todo el mal que me ha hecho!

Al hablar así, Marta inclinó la cabeza, y prorumpió en amargo llanto.

Ah! hija mia, tu eres un angel! exclamó el anciano estrechándola contra su pecho, y enjugando dos lágrimas que caían por sus demacradas mejillas.

Conmovidas tambien nosotras contemplabamos

aquella patética escena, mientras la pobre anciana lloraba como una niña.

Julia entretanto dormía tranquila en nuestros brazos.

No es eso todo, continuó diciendo Mr. N... Arturo despues de haber dejado convencida á la sociedad de tu horrible conducta, para distraerse en su pesar, segun él mismo dijo, partió para Europa despues de haber realizado todo lo que tenias, y hoy se encuentra gozando sin duda, del fruto de las fatigas y trabajos de tus padres! y lo peor es, que se ignora su paradero, y puede quizás haber cambiado su nombre.

¡Oh! de eso no tengo la menor duda, murmuró Marta, y si mi memoria no es infiel, ereo que el que pensaba tomar era el de Antonio de P. comprando pronto un titulo que lo pusiese al abrigo de toda sospecha.

Entonces replicó el anciano, sería mas fácil adivinar el lugar de su paradero, y desde hoy procuraré indagarlo.

Gracias, mi querido protector, exclamó Marta imprimiendo un beso en la mano de Mr. N. Sí, es preciso averiguar el lugar donde se encuentra ese hombre infame; porque no puedo permitir que él disfrute de la riqueza que me legaron mis padres, mientras mi pobre Julia, á quien todo per-

tenece, se vea privada de sus bienes y de su fortuna. Tienes razon, hija mia, es una injusticia que es preciso reparar, y yo pondré todo empeño en lograrlo.

Largo tiempo hablaron aún, la tarde declinaba ya cuando nos levantamos, recordamos á Marta que teniamos que irnos ya; la recomendamos lo mas que nos fué posible con aquellos buenos ancianos, y quedó resuelto que al siguiente dia Julia y Marta se trasladarian á casa de Mr. N. para vivir siempre á su lado: en seguida nos despedimos, recibiendo de ambos esposos las mayores pruebas de afecto y atencion, y realmente satisfechas, al ver la paternal ternura con que aquellos buenos ancianos trataban á nuestra querida amiga.

Pronto nos encontramos en el carruaje que debia conducirnos al Metropolitan, donde en la noche irian á buscarnos nuestros queridos padres.

Durante el camino no hablamos de otra cosa, que de la tierna solicitud y cariño con que Mr. N. y su esposa habian recibido á Marta.

Va vd. á ver, le deciamos, como al lado de estos respetables ancianos será vd. feliz; ellos no tienen ningun hijo, y por lo tanto en Julia trasladarán su cariño, y en vd. todo su amor.